

11. EL MINISTRO DE LA CARIDAD DIACONAL

- A) LA SOLIDARIDAD**
- B) LA COMUNIÓN**
- C) LA GRATUIDAD**
- D) LA LIBERTAD**
- E) LA PROXIMIDAD**
- F) LA VOCACIÓN**

11. EL MINISTRO DE LA CARIDAD DIACONAL

El voluntariado siempre ha existido. Lo realmente nuevo es su organización, expansión y consolidación como un sector social compuesto por ciudadanos y entidades capaces de entrar en relación de cada vez más igualdad con los sectores sociales tradicionales como son el estado, el mercado y la familia, constituyentes esenciales y fundamentales de todo sistema social.

A partir de los años 60 del siglo pasado han ido surgiendo nuevas formas de participación social desde el agotamiento de la tradicional capacidad de participación de los partidos políticos. Las nuevas generaciones han encauzado sus deseos de participación a través de los llamados 'nuevos movimientos sociales', fundamentalmente el feminismo, la ecología y el pacifismo. Lo que les une es una profunda insatisfacción por las formas tradicionales de participación y el deseo de intervenir en la mejora del sistema social desde dignificación de la mujer, el cuidado de la naturaleza y la opción decidida por la paz.

Durante los años 80 esta considerable energía humana voluntaria ha ido constituyendo las Ongs y con ellas se va consolidando el llamado 'tercer sector' como un agente social de producción y de distribución del bienestar, al lado del resto de agencias sociales de bienestar y con un rango cada vez más considerable.

El voluntariado de Caritas en nuestro país llega a la cifra de 60.000 personas con 4000 contratados que sirven de apoyo al protagonismo samaritano de estos voluntarios que son auténticos ministros de la caridad en la Iglesia.

Esta fuerza social y eclesial del voluntariado está en interacción con el resto de agentes sociales que constituyen el sistema social. En esta dinámica interactiva es necesario resaltar los rasgos que dan consistencia y especificidad al voluntariado y le cualifican como potencia de futuro como energía humana y cristiana al servicio de los pobres.

Los rasgos específicos que dan identidad al voluntariado de caritas son: la solidaridad, la comunión, la gratuidad, la libertad, la proximidad y la vocación que hacen que el voluntario de caritas tenga una identidad distinta a la del funcionario al servicio del estado o del trabajador contratado por una empresa de servicios o el voluntario de una ong.

A) LA SOLIDARIDAD

El grupo humano que constituye el voluntariado es aquella gente cuyas inclinaciones de simpatía y cuyas disposiciones de benevolencia respecto a los demás seres humanos les impulsan a ayudar a quienes se encuentran en dificultad.

Esta capacidad compartida tiene su fundamento en la naturaleza humana y en aquello que constituye la unidad del género humano. Conduce a mirar de una manera positiva a la humanidad, a confiar en la capacidad de los hombres para resolver sus propios problemas.

A este voluntariado solidario se le contempla como dotado de capacidad de abnegación y como capaz de ofrecerse a sí mismo con generosidad. Los demás ocupan un lugar importante y sustancial en las preocupaciones del voluntario solidario, hasta el punto de considerar primero las necesidades y problemas de los otros, antes que los suyos propios. El voluntario solidario es capaz de olvidarse de sí mismo y dar preferencia al otro y a los demás.

La tradición solidaria nace como respuesta a los estragos de la industrialización salvaje que engendró una pobreza masiva intentando reestructurar la sociedad alrededor de la fuerza de la solidaridad. Los "solidaristas" laicos creían que la caridad no aporta sino ayudas ocasionales e individuales y debe ser reemplazada por respuestas más sistemáticas y colectivas.

El voluntario se siente un hijo de esta hermosa tradición solidaria superadora del individualismo posesivo y del totalitarismo estatista al colocar en el centro a la persona humana ubicada dentro de su necesario marco comunitario, unidad por la que siente una pasión que le conduce a estar siempre interpelado por el otro, ubicado también dentro del mismo contexto comunitario. Todo ello le conduce a una visión abierta a la colaboración con

todas las agencias de bienestar social: el estado, el mercado y, sobre todo, la sociedad civil, ya que es en este último espacio donde el voluntario va a poder hacer su aportación generosa de solidaridad compartida

Fue sobre todo con la encíclica *Mater et Magistra* de Juan XXIII (1961) cuando el concepto de solidaridad comenzó a aparecer en el discurso social de la Iglesia: "Todos somos solidariamente responsables de las poblaciones mal alimentadas," escribía el papa, invitando a la vez a aportar socorros de urgencia y también a una ayuda y cooperación al desarrollo.

Con Juan Pablo II la solidaridad se va a convertir en una palabra central del discurso de la Iglesia. En particular, la encíclica *Sollicitudo Rei Socialis* hace del concepto de solidaridad el corazón mismo de la doctrina social al servicio del desarrollo de los pueblos. La solidaridad es presentada como una actitud moral y social, como una virtud que aprecia las interdependencias. La solidaridad "no es un sentimiento vago de compasión o de emoción superficial ante los males que padecen tantas personas cercanas o lejanas. Al contrario es la firme y perseverante determinación de trabajar en favor del bien común, es decir por el bien de todos y de cada uno, porque en realidad todos somos responsables de todos" (38).

De esta manera, la solidaridad se ha convertido en una virtud moral que concierne a la organización de la sociedad. La acción de solidaridad del voluntario no puede limitarse a una llamada a la generosidad, sino que debe promover actividades de orden estructural, de modo que el problema de la pobreza y de la exclusión quede resuelto por medio de una transformación de la organización social o, mejor aún, de manera que la organización social avance hacia la integración de todos y no hacia la exclusión de sectores de la población.

El voluntario solidario es el que tiene un corazón compasivo. Este voluntario siente un amor fuerte que le empuja a tomar sobre sí una parte del sufrimiento ajeno. Esta actitud compasiva le capacita para unirse lo más radicalmente posible a quien está sufriendo, para aliviarlo; se trata de sufrir con el otro de manera compartida, con el fin de que no esté solo ante el dolor, que pueda compartir su sufrimiento y, de esa manera, aliviarle el dolor.

En cuanto que es un acto de amor, la compasión afecta, en primer lugar, al corazón: es la capacidad de sentir aquello que constituye el drama del otro. Permite escuchar al otro en la situación de su sufrimiento y comulgar en profundidad con su desamparo.

Benedicto XVI ha mostrado al voluntario solidario la importancia que en este sentido tiene la "con-solatio". "En efecto, aceptar al otro que sufre significa asumir de alguna manera su sufrimiento, de modo que éste llegue a ser también mío. Pero precisamente porque ahora se ha convertido en sufrimiento compartido, en el cual se da la presencia de un otro, este sufrimiento queda traspasado por la luz del amor. La palabra latina "consolatio", consolación, lo expresa de manera muy bella, sugiriendo un « ser-con » en la soledad, que entonces ya no es soledad". (SS 38)

La solidaridad no es una fusión con el otro que sufre, sino la capacidad de percibir lo que golpea al otro y de actuar con el fin de reducir o suprimir lo que le causa daño. La solidaridad postula una gran atención al otro y una inteligencia llena de sensibilidad.

La compasión solidaria es el punto de partida de una acción y no un dolorismo socializado. Es una actitud activa e imaginativa por parte de quien siente el mal que golpea al otro, ya sea este mal de tipo sanitario, económico, psicológico o político. La compasión solidaria es un rasgo característico de la santidad cristiana porque ha sido uno de los aspectos de la personalidad de Jesús: *Justo cuando se acercaba a la puerta de la ciudad (Naín), sacaban a un muerto hijo único de una viuda ... la verla sintió compasión ... (Lc 7, 12-13)*. La multiplicación de los panes es la respuesta a una intensa experiencia de compasión: *Al desembarcar, vio una gran multitud y sintió compasión, porque eran como ovejas sin pastor (Mc 6,34)*. La parábola del hijo pródigo es muy expresiva a estos efectos: *Estaba aún distante (el hijo pródigo) cuando su padre lo divisó y se enterneció. Corriendo se le echó al cuello y lo besó (Lc 15,20)*

B) LA COMUNIÓN

El voluntario no puede ser un francotirador que se dedica a actividades solidarias como una cuestión de su libre iniciativa personal. La más excelente tradición histórica compasiva nos muestra que esta tarea es compleja y difícil porque se le hace frente al enorme obstáculo de la injusticia y de la violencia como causas productoras de la pobreza y de la exclusión.

Cuando el voluntario cree que la pobreza tiene su origen en el destino fatal de la historia o en la herencia familiar recibida o en la pereza del empobrecido es que no ha madurado su posición social y su actitud personal ante esta realidad de la pobreza no está suficientemente elaborada y madurada.

La pobreza y la exclusión tienen un origen social y estructural que simultáneamente es asumido e internalizado por el mismo excluido en su conciencia individual, llegando él mismo a funcionalizar y adaptar su propia situación para no acabar en la destrucción personal. Pero esta lamentable consecuencia no nos puede conducir a una consideración individualista de la pobreza y de sus posibles respuestas.

La pobreza es una cuestión de fracaso de los que son más débiles y pierden en la lucha por la vida. Pero el triunfo de los más fuertes va a crear tanta riqueza que saldremos de ella por el desbordamiento de la misma hacia las capas más empobrecidas de la sociedad. No hace falta una complicidad social para resolver los problemas de la pobreza. El sistema de libre mercado va a crear tanta abundancia que va sobrar por todas partes

El agente de caridad diaconal tiene que superar este delirio del individualismo posesivo y reconocer que ante una estructura de pecado tan enorme como la pobreza hace falta una complicidad comunitaria que le ponga diques a este pensamiento único. Amor de comunión que nace del remordimiento. Así lo explica Juan Pablo en la encíclica "Dives in misericordia": "Todo esto se desarrolla sobre el fondo de un gigantesco remordimiento constituido por el hecho de que, al lado de los hombres y de las sociedades bien acomodadas y saciadas, que viven en la abundancia, sujetas al consumismo y al disfrute, no faltan dentro de la misma familia humana individuos ni grupos sociales que sufren el hambre. No faltan niños

que mueren de hambre a la vista de sus madres. No faltan en diversas partes del mundo, en diversos sistemas socioeconómicos, áreas enteras de miseria, de deficiencia y de subdesarrollo. Este hecho es universalmente conocido. *El estado de desigualdad* entre hombres y pueblos no sólo perdura, sino que va en aumento. Sucede todavía que, al lado de los que viven acomodados y en la abundancia, existen otros que viven en la indigencia, sufren la miseria y con frecuencia mueren incluso de hambre; y su número alcanza decenas y centenares de millones. Por esto, la inquietud moral está destinada a hacerse más profunda. Evidentemente, un defecto fundamental o más bien un conjunto de defectos, más aún, un mecanismo defectuoso está en la base de la economía contemporánea y de la civilización materialista, que no permite a la familia humana alejarse, yo diría, de situaciones tan radicalmente injustas" (DM 11)

Este remordimiento, esta mala conciencia, de los que estamos satisfechos, si somos capaces de compartirla, habremos puesto en marcha un mecanismo que no se debe disparar por el camino del odio, que solo provoca división y conflicto, sino por el camino del amor que es el que provoca comunión y paz.

La primera tarea de este agente de la caridad diaconal es ocuparse de que en su comunidad de origen se viva el amor de koinonía, es decir, aquel amor colectivo capaz de superar los odios internos, los egoísmos mezquinos, las envidias y los celos, los narcisismos y protagonismos, capaces de acabar con la caridad intra-comunitaria y con la comunión. Sin esta situación previa es imposible que tal comunidad pueda estar en condiciones de amar con preferencia a los pobres y de ofrecerles un marco de acogida que sea deseable para quien está en la exclusión social, porque el sistema social nunca la querido con un amor de auténtica calidad.

Benedicto XVI habla de la koinonia cristiana comentado la forma de vida de la comunidad primitiva: *Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno* (Hch 2, 44-45). Lucas nos relata esto relacionándolo con una especie de definición de la Iglesia, entre cuyos elementos constitutivos enumera la adhesión a la *enseñanza de los Apóstoles*, a la *comunión (koinonia)*, a la *fracción del pan* y a la *oración* (Hch 2, 42). La *comunión (koinonia)*, mencionada inicialmente sin especificar, se concreta después en los versículos antes citados: consiste precisamente en que los creyentes tienen todo en común y en que, entre ellos, ya no hay diferencia

entre ricos y pobres (Hch 4, 32-37). A decir verdad, a medida que la Iglesia se extendía, resultaba imposible mantener esta forma radical de comunión material. Pero el núcleo central ha permanecido: en la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa. (DCE 20)

Esta exigencia final concreta, para el Papa es muy importante porque la repite por segunda vez con las siguientes palabras: "... quedando a salvo la universalidad del amor, también se da la exigencia específicamente eclesial de que, precisamente en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus miembros sufra por encontrar en necesidad" (DCE 25)

El agente de pastoral de la caridad tiene que ser alguien que sienta y viva un amor de unidad comunitaria que vaya más allá de un buenismo angelical, de una idealización nostálgica de la caridad o de un sentimentalismo afectivo grupal. Se trata, en palabras del Papa de una "comunión material", es decir, de compartir creencias, afectos, lealtades, pero también de lograr una adecuada "comunicación cristiana de bienes" que garantice que amamos y servimos a los hermanos y a los pobres considerando sus necesidades y capacidades de una forma integral, material y espiritual

Para San Pablo el bautismo individual es un rito comunitario que crea cohesión y comunión eclesial: *Porque en un solo Espíritu hemos sido bautizados a todos nosotros para ser un solo cuerpo, tanto judíos como griegos, tanto esclavos como libres (1Cor 12,13)*. Cuando Pablo compara el bautismo con el paso de Israel por el mar Rojo, está indicando que la salvación se produce en condiciones comunitarias y no solo en aislamiento individual (1Cor 10, 1-2). El nuevo *Israel de Dios (Gál 6,16)* tiene su origen en las aguas del bautismo.

C) LA GRATUIDAD

La cultura mercantilista en la que nos encontramos y que genera conductas muy competitivas e incluso depredadoras es el resultado del referido 'individualismo posesivo', en virtud del cual, las personas tenemos como criterio fundamental de decisión el interés y el afán de lucro. Detrás de estas posiciones nos encontraremos con el pensamiento único y la

sacralización de la empresa y sus mecanismos de producción, consumo y distribución.

Frente a esta cultura mercantilista hegemónica se levanta la cultura de la gratuidad que hace del voluntariado una fuerza movida por el altruismo frente al egoísmo y la solidaridad frente a la depredación. El voluntario es aquella persona capaz de dar a cambio de nada rompiendo el círculo de hierro mercantilista del 'do ut des', (te doy para que me des), hijo predilecto de la ley de la oferta y de la demanda, que del mundo económico ha saltado como un virus mutante al mundo de la cultura y de las convicciones.

Mientras el 'homo oeconomicus' está obsesionado por optimizar beneficios y por el 'tener', el voluntario da testimonio de que no somos instrumentos, ni fuerza de producción y que se puede ser más feliz dando que recibiendo.

Se trata de una gratuidad solidaria, es decir, que nace de la experiencia de que 'no puede ser que 800 millones de personas de nuestro globalizado planeta estén sufriendo la lacra del hambre'. Hay en el origen de esta gratuidad una rabia descomunal por la injusticia y la violencia que genera pasión por los pobres. Este apasionamiento tiene sentido de paz y justicia cuando no se canaliza en violencia sino en prácticas concretas de solidaridad desde la gratuidad más desinteresada: *Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo recibisteis; dadlo gratis. No os procuréis oro, ni plata, ni calderilla en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero merece su sustento* (Mt 10, 8-10).

El papa en su encíclica indicará, en consecuencia, como tercera señal de identidad específica del ministro de la caridad que "la caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos.... Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia..... El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que Dios es amor (1 Jn 4, 8) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar.... (DCE 31c).

Esta propuesta de gratuidad nos lleva a considerar que frente al interés por los resultados, los cálculos de efectos, estamos necesitados de la

generosidad y la entrega desinteresada que le conceda el mayor espacio posible al Espíritu, liberador de ansiedades y dador de calma y sosiego. "Dios ... nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha olvidar que, sin Cristo, *'no podemos hacer nada'* (Jn 15,5). "Las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrían reemplazar la acción del Espíritu Sin él, los esquemas más elaborados sobre bases sociológicas o psicológicas se revelan pronto desprovistas de todo valor... ...el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización..." y de la acción diaconal (EN 75).

Se trata de evitar la dinámica bancaria de invertir en caridad para que se produzcan beneficios en la evangelización y sacramentalización. No podemos comprar prosélitos con bolsas de alimentos. Dios Padre nos ha dado lo mejor que tenía, su propio Hijo, sin tener en cuenta nuestros pecados y deméritos, a cambio de nada; porque nos quiere desinteresadamente, sin condiciones, por ser sus mismas criaturas.

Frente a la cultura prometeica actual en la que todo es el resultado de las "ilimitadas" capacidades del hombre, la gracia nos invita a vivir la lógica del don: la vida y la muerte, la historia y la tradición, nacer y estar en el Norte o en el Sur, los valores y derechos objetivos, la familia y los vecinos y, sobre todo, la salvación por efecto de la Pascua de Jesús. No todo es objeto de conquista. Es verdad que hay que ofrecer más que pedir, pero es muy importante saber "recibir" y hacerlo crítica, pero agradecidamente y con creatividad.

Lo esencial de la gratuidad es la acción del Espíritu que es el que anima y dirige discretamente la práctica y la acción de caridad. La acción del ministro de la caridad debe tener una consistencia pneumatológica evidente porque podemos considerar el proceso de rehabilitación personal y de reinserción social del pobre y del excluido como integrantes de la acción de santificación de la gracia sobrenatural. La acción caritativa cuando condiciona, de alguna manera, la prestación y el apoyo asistencial a la respuesta del destinatario, no encuentra su motivación en la satisfacción narcisista del sujeto agente por los resultados obtenidos, sino en la evitación de que la ayuda que se presta genere dependencia y consolide la situación de pobreza y exclusión. La impronta pentecostalista en la diaconía cristiana se tiene que verificar en el talante providencialista de su acción: *No andéis agobiados por la vida,*

pensando qué vais a comer, ni por el cuerpo, pensando qué os vais a vestir; porque la vida vale más que el alimento y el cuerpo más que el vestido. Fijaos en los cuervos: ni siembran ni siegan, no tienen despensa ni granero y, sin embargo, Dios los alimenta. Y ¡cuánto más valéis vosotros que los pájaros! (Lc 12,22-24).

La práctica frecuente de la oración la construcción y adquisición del hábito de esta práctica que garantiza la gratuidad y, por tanto la identidad: "Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios". (NMI 33)

D) LA LIBERTAD

El agente de la caridad tiene también como seña de identidad específica el hecho de que su servicio solidario nace de la libertad. Hasta hace pocos años ha habido una corriente de opinión importante que creía, en nombre de la justicia, que el estado podría resolver todas las necesidades y demandas que se le presentasen desde la sociedad. El estado aparecía como investido de la aureola de la omnipotencia de la providencia religiosa. Con la ayuda de los presupuestos, de las leyes y de los funcionarios se iban a resolver todas las pobrezas y exclusiones habidas y por haber. La persona solidaria no tenía más que integrarse como una pieza del engranaje burocrático estatal para trabajar seriamente y moralmente contra la pobreza y la exclusión.

El voluntariado está demostrando que la solidaridad también puede nacer de aquella libertad personal que es capaz de superar la solidaridad funcional, fría y mecánica de las administraciones, en favor de una solidaridad más crítica, cálida y creativa; con el respeto debido al valor de las pensiones, de los sistemas de seguridad social, de los subsidios del desempleo que necesariamente tiene que aportar el Estado. Sin embargo, es muy urgente que el voluntariado se libere de la obsesión por las subvenciones para evitar la dependencia que ata seriamente la libertad original y específica de la identidad.

El voluntariado tendrá que defender su libertad y tendrá que oponerse a cualquier manipulación e instrumentalización, tanto estatista como

mercantilista. Lo cual le conducen a una vivencia de la libertad como factor personalizador. No se ayuda al otro por pertenecer a una entidad colectiva, sino por sí mismo: se impone superar el egoísmo familiar, el tribalismo popular o el estrecho nacionalismo. El voluntario se abre a los otros como existencias irreductibles y sirve con predilección a los perdedores y fracasados de la vida.

Esta libertad le tiene que ayudar a identificarse con la cultura del cambio y de la transformación desde el convencimiento de que las cosas pueden ser de otra manera. Que se pueden iniciar procesos liberadores de la injusticia y de la violencia que permitan crear experiencias anticipadoras de solidaridad y de justicia. Hemos de recordar a los voluntarios que con talante pionero se atrevieron a hacerle frente al horrible virus del sida en tiempos de ignorancia, desorientación y miedo, creando formas y alternativas de vida y de solidaridad con estas personas enfermas.

Pablo, en su carta a los Gálatas, trata de prevenir a aquella comunidad cristiana del error de los judaizantes. Estos parece que son cristianos que no defendían tanto la observancia de toda la Ley de Moisés, cuanto la adopción de algunas de las prácticas judías como la circuncisión, la celebración de algunas fiestas judías y la veneración de ángeles o espíritus, es probable que por alguna conexión con el esenismo. Pablo por su parte les recordará que han sido emancipados y liberados por Jesús de todas estas cargas y que yo tienen que sentirse atados a estos lastres históricos y lo expresa con una fuerza indudable: *Para que seamos libres nos libró el Mesías; con que manteneos firmes y no os dejéis atar de nuevo al yugo de la esclavitud (5,1)*. Pablo está realmente irritado sobre todo porque ha visto cómo el mismísimo Pedro ha estado aceptando el juego de estos judaizantes.

Pablo afirmará inmediatamente que quien se siente liberado por la fe y por la acción del Espíritu sabe que *como cristianos da lo mismo estar circuncidado o no estarlo: lo que vale es una fe que se traduce en amor (Gál 5,6)*.

Cuando el apóstol ha puesto ya de manifiesto que lo decisivo es la justificación por la fe, todo lo demás queda totalmente relativizado: tanto la circuncisión como la incircuncisión, por lo cual, lo que interesa es que sacar las consecuencias de la fe, las cuales se concretan en la práctica de samaritana de la caridad.

Esta actitud de Pablo es la que nos permite comprender cómo cuando relata el acuerdo del Concilio de Jerusalén por el que unos se dedicaban a evangelizar a los paganos y los otros a los judíos, nos muestra que en aquella asamblea todo el mundo estaba de acuerdo en el cuidado a los pobres: *sólo nos pidieron que nos acordásemos de los pobres de allí, y eso en concreto lo tomé muy a pecho* (Gál 2,10).

Todo voluntario de la acción samaritana debe sentirse afectado por esta opción por los pobres de la asamblea de Jerusalén para en consecuencia "tomárselo tan a pecho" como el mismo apóstol y como efecto de la liberación obtenida para la libertad del amor diaconal.

La emancipación de las tutelas de la ley mosaica será el gran símbolo, para los cristianos, de todas aquellas dependencias que esclavizan e impiden el disfrute de la libertad.

Esta libertad es la que Benedicto XVI desea para los ministros de la caridad que sólo tienen que mantenerse fieles al mismo Jesús presente en los pobres, liberando al servicio samaritano del voluntario de compromisos ideológicos o políticos: "La actividad caritativa cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías. No es un medio para transformar el mundo de manera ideológica y no está al servicio de estrategias mundanas, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre siempre necesita". (DCE 31b)

E) LA PROXIMIDAD

La acción solidaria, muchas veces, se ha pretendido ejercer desde cínicas declaraciones solemnes de los grandes organismos mundiales oficiales que ponían tierra por medio con los excluidos y sus mundos vitales. Muchas protestas hipercríticas, radicales y alternativas se quedan en la pura esterilidad por falta de compromiso en propuestas de acción liberadora en el espacio social y material de la vida cotidiana del vecino, del familiar y del amigo. El estado es capaz de ofrecer seguridad, el mercado podrá aportar eficiencia y el voluntariado tiene la disponibilidad de la cercanía y de la proximidad.

En efecto, esta capacidad de proximidad la podemos observar cuando la relación de ayuda se hace individual y se interviene sobre las deficiencias concretas y personales del empobrecido, haciendo de la relación creada un proyecto de inserción en la comunidad local inmediata. Deslumbrados por los medios nos parecen más sugerentes las 'grandes causas' del sistema social, que las pequeñas causas del vecino de arriba, de abajo o de al lado, y, sin embargo, todos los seres humanos somos vecinos.

Uno de los problemas del estado de bienestar está en que parece que la solidaridad se hace tan rutinaria que acaba siendo invisible e imperceptible en la sociedad con el riesgo de hacerla irrelevante para el ciudadano medio. El voluntariado desde su capacidad de proximidad puede ir más allá de los procesos burocratizados y reglamentarizados haciendo más visible la solidaridad con la incorporación de las personas y de los individuos, así como de las instituciones intermedias.

La cercanía de la solidaridad se hará patente con el voluntariado por su radicación en los territorios y en los escenarios locales. Mientras la macroestructura estatal construía instituciones, proyectos e instrumentos universalizables, uniformes y estandarizados y con un gran nivel de despersonalización, el voluntariado, desde su capacidad de proximidad, puede llegar a los mismos capilares del sistema social, haciendo posible el acercamiento de la solidaridad hasta los sitios más recónditos e inaccesibles de la exclusión y de la pobreza.

Mientras el funcionario estatal recibe en su despacho el empobrecido durante sus ocho horas de trabajo y regresa a su mundo integrado y el profesional trata de ser eficaz en su propio ámbito laboral y tras su jornada regresa a su domicilio, el voluntario de la caridad suele compartir el mismo espacio social y vecinal en régimen de contigüidad, durante 24 horas, con la persona marginada del propio colectivo vecinal, incluyendo fines de semana. Esta vecindad es una oportunidad y una fortaleza del voluntario que le hacen sumamente eficaz en la tarea de la solidaridad social y comunitaria.

Esta capacidad de proximidad tiene un arraigo cristiano evidente. Benedicto XVI nos lo recuerda cuando dice que "Efectivamente le pregunta crucial de la parábola del Buen Samaritano es *¿Cual de estos tres se hizo prójimo del que cayó en manos de los bandidos?* Y la contestación es evidente: *El que tuvo compasión de él.*" (DCE 15)

Benedicto XVI hace dos aclaraciones respecto del prójimo de cada uno, es decir de aquel a quien nuestra compasión nos tiene que acercar:

Por una parte, se tiene que liberar la limitación sectaria y egoísta de la nación, de la raza, de la cultura ... y se abre la compasión a todo ser humano "que tenga necesidad de mí y que yo puede ayudar". Del estrecho particularismo nos abrimos a la generosa universidad y, por otra parte, se tiene que liberar a la práctica samaritana de la tentación de la abstracción e idealización para hacerse muy concreta y material ya "que requiere un compromiso práctico aquí y ahora. Es evidente que una forma de expresar lo concreto de la respuesta a la proximidad es someterla a los condicionamientos históricos de espacio (aquí) y tiempo (ahora).

Esta es la clave para entender lo que más tarde definirá el Papa como la primera seña de identidad cristiana y eclesial de la acción diaconal: el programa samaritano y se tremenda concreción materialista. Hasta el punto de dar la impresión de que Benedicto XVI podría estar justificando y recomendando el más puro y duro asistencialismo con sus efectos perversos de paternalismo y clientelismo. "Según el modelo expuesto en la parábola del buen Samaritano, la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc". (DCE 31a)

El Papa está indicando al ministro de la caridad la necesidad de no perdernos en grandilocuentes planificaciones, ni en fantásticos programas y centrarnos en la persona real y en sus circunstancias concretas que muchas veces está alejada de los centros de poder, de la macroeconomía y de los gabinetes técnicos que andan ubicados en burbujas estructurales que nunca llegan a los vasos capilares periféricos del sistema social que es donde está instalada la pobreza y la exclusión.

Con esta clave ya podemos entender unas palabras del Papa que podrían ser interpretadas como sectarias y excluyentes, pero que en realidad se mueven en este interés por concretar, materializar y acercar la acción de caridad y solidaridad a las personas concretas y efectivas: "No obstante, quedando a salvo la universalidad del amor, también se da la exigencia específicamente eclesial de que, precisamente en la Iglesia misma como familia, ninguno de sus

miembros sufra por encontrarse en necesidad. En este sentido, siguen teniendo valor las palabras de la Carta a los Gálatas: « *Mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe*» (6, 10)" (DCE 25b).

Por cierto, algún eclesiástico ha deducido de estas palabras que en nuestras caritas hemos de atender más a nuestros católicos pobres, y no tanto a los musulmanes. Al margen de esta insensatez, sí que hemos de reseñar que este interés concreto del Papa de que en la Iglesia "ninguno de sus miembros sufra por encontrarse en necesidad" ya que lo repite en otra ocasión cuando recuerda aquella "koinonia" de la comunidad primitiva por la que *los creyentes lo tienen todo en común y en que , entre ellos, ya no hay diferencia entre ricos y pobres* (Hch 4,32-37) A decir verdad, a medida que la Iglesia se extendía, resultaba imposible mantener esta forma radical de comunión material. Pero el núcleo central ha permanecido: en la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa (Ib 20)

F) LA VOCACIÓN

Para los creyentes estos valores son absolutamente necesarios y tienen que ser asumidos como dones positivos del Dios Creador, sin embargo, este valor de referencia de la vocación es algo que tenemos que poner de manifiesto porque le da especificidad cristiana a todo voluntariado que se sienta inspirado en su creencias y motivado en sus decisiones por Jesús de Nazaret y su evangelio de salvación. Para el cristiano el voluntariado es una respuesta que en conciencia se da a una llamada hecha por Dios, pasando se transformase en ministerio eclesial.

La consideración laica del voluntariado social cree que el quehacer de solidaridad es una opción libre y responsable hecha desde una noble y generosa conciencia social. Sin embargo, la acción social y pastoral de la iglesia antes que una digna y respetable opción personal es una llamada que la persona recibe de parte de Dios para hacer el seguimiento de Jesús. El evangelista san Juan pone en boca de Jesús estas rotundas palabras: *No me elegisteis vosotros a mí, yo os elegí y os destiné a ir y dar fruto, un fruto que permanezca* (Jn 15,16). Por tanto, es Dios quien toma la iniciativa y el cristiano ha de tener su capacidad de escucha suficientemente entrenada,

por medio de la oración personal y comunitaria, para poder escuchar la voz de Dios que le llama.

Esta dimensión 'vocacional' del ministerio diaconal pone de manifiesto la consistencia pneumatológica o espiritual de la acción solidaria. Se trata de no perder nunca de vista que el auténtico sujeto agente de la acción diaconal es el Espíritu Santo que dota de carismas a su iglesia, pero lo hace de una forma muy peculiar, pues hay carismas específicos, respecto de los cuales, san Pablo nos dice ... me queda por señalaros un camino excepcional. Ya puedo hablar la lengua de los hombres y de los ángeles ... ya puedo hablar inspirado y penetrar todo secreto y todo saber, y puedo tener toda la fe, hasta mover montañas ... ya puedo dar en limosnas todo lo que tengo, ya puedo dejarme quemar vivo, que si no tengo amor de nada me sirve (1Cor 13, 1ss).

La caridad es la razón de ser de la funcionalidad de los diversos carismas de la Iglesia, lo cual hace que la acción voluntaria solidaria no sea tanto un carisma específico individualizado, sino una práctica teológica y misionera para todo bautizado, independientemente de la especificidad de su carisma y de su pertenencia institucional. Ningún bautizado y ningún colectivo cristiano pueden convertir la caridad en carisma específico y patrimonio exclusivo de misión porque es llamada universal para todo el que quiere hacer el seguimiento de Jesús dentro de su propia Iglesia.

Esta llamada de Dios normalmente se produce a través de mediaciones humanas que se viven en la experiencia de la vida cotidiana, de tal forma que podemos creer que aquella persona que es muy sensible y compasiva con los pobres y excluidos, es muy posible que Dios le esté llamando para que haga un opción preferencial por ellos. *Jesús desembarcó y al ver la gran multitud (cinco mil hambrientos), sintió compasión y curó a los enfermos (Mt 4,14).* Dios llama por medio de mediaciones humanas que deben tener alguna correspondencia con la naturaleza de la misión a la que llama. No obstante, es muy necesario someter esta experiencia de llamada divina y decisión humana a un proceso de discernimiento espiritual.

Discernimiento que sólo será adecuado si no se está al margen de lo que sucede en el marco amplio del reinado de Dios que es donde se producen los



procesos de marginación y exclusión, permaneciendo encerrados en una burbuja aislada incapaz de percibir los signos de los tiempos, ya que el Concilio nos enseñó que a través de ellos también nos llegan las sugerencias de Dios. No podemos dejar al margen de este discernimiento a la comunidad eclesial que es el sacramento universal de salvación y el espacio de la comunión y del servicio y hemos de ser capaces de atender a sus necesidades y propuestas

La vocación no es un proceso intimista entre Dios y el cristiano, sino que cuando Dios llama es siempre para asignar una misión dentro del proceso de evangelización: *Designó el Señor a otros setenta y dos y los envió por delante, de dos en dos, a todas las ciudades y lugares adonde pensaba ir. Les decía: la mies es mucha, los braceros pocos; rogad al amo de la mies que envíe braceros a su mies* (Lc 10, 1-2).

Todo cristiano tiene que saber que, en tiempos necesitados de una pastoral misionera que trate de hacer significativo a Jesús y su mensaje en un mundo de injusticia e increencia, "el testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de misión El testimonio al que el mundo es más sensible, es la atención a las personas y el de caridad para con los pobres y los pequeños, con los que sufren" (RM 45). El voluntario sabe que tiene en sus manos unas prácticas solidarias que transmiten muy bien a Jesús a los alejados por el resentimiento, por la indiferencia y la animadversión.

Juan Pablo II no tenía ninguna duda de las capacidades evangelizadoras de la caridad: "Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de las palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras" (NMI 50)

La tradición ilustrada y secularizada no cristiana, pero más honesta intelectualmente, le reconoce racionalidad y funcionalidad positiva a lo religioso cuando es capaz de asumir opciones liberadoras y solidarias. Es muy esperanzador que el filósofo español Javier Muguerza le diga al filósofo frankfurtiano Tugendhat: "yo no minusvaloraría ciertas funcionalidades emancipatorias de las religiones occidentales como el cristianismo o el

judáismo. Sin ir más lejos, la lucha de los negros en Estados Unidos por sus derechos civiles fue encabezada por Martín Luther King, un pastor que utilizaba sus sermones en un sentido liberador. Es decir, que también podía darse un renacimiento religioso al servicio de la liberación" (El País, 16-VII-05). Es esperanzador porque muy probablemente el lenguaje con el que los cristianos y la fe podemos hacernos relevantes a la cultura secularizada y pluralizada europea es el de la práctica voluntaria liberadora de la pobreza y de la exclusión social. "La gratuidad de esta actitud y de estas acciones (samaritanas) que contrastan profundamente con el egoísmo presente en el hombre, hace surgir unas preguntas precisas que orientan hacia Dios y el evangelio. Incluso el trabajar por la paz, por la justicia, los derechos del hombre, la promoción humana, es un testimonio del evangelio si es un signo de atención a las personas y está ordenado al desarrollo integral del hombre" (RM 42; EN 12; AG 12).

APENDICE: EDUCACIÓN DE LA CONCIENCIA SOCIAL CRISTIANA

La conciencia social es una tarea de construcción personal y eclesial del cristiano que cuando adquiera su maduración espiritual es cuando está en las condiciones óptimas para ponerse al servicio de los pobres como práctica concreta de amor a Jesús identificado en todos los excluidos de la sociedad (Mt 25).

Este talante ético madurado por la gracia y el esfuerzo personal lo podemos articular como un itinerario personal en fases que pueden servir como indicadores de dirección adecuada en el itinerario de seguimiento de Jesús en el que consiste la vida cristiana

La primera fase y fundamento de este proceso educativo es la compasión. Todos hemos sentido una emoción personal intensa al acercarnos al mundo del dolor y del sufrimiento de los pobres. Esta experiencia indica que nuestra capacidad básica de "sentir" no se ha endurecido, que nuestro corazón no se ha vuelto despiadado por la experiencia personal de la dura lucha por la vida

Esto es solamente el punto de partida de la compasión: Cuanto más nos exponemos al sufrimiento de los pobres, tanto más profunda y durable se

hace nuestra compasión. Como cristianos,...podemos considerarla como un atributo divino: cuando pruebo este sentimiento, participo en la compasión de Dios, en lo que El siente ante el mundo actual que sufre: *He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores* (Exd 3,7)

Esta compasión creciente y sentida conduce a la acción, una acción en un doble sentido: Por una parte, mueve al creyente a realizar prácticas asistenciales primarias recoger y distribuir alimentos, dinero, mantas, vestidos; por otra parte, el "malestar de la conciencia aburguesada estimula a simplificar nuestro estilo de vida, controlando el consumismo compulsivo y recuperando una cierta sobriedad en el vivir.

Según el viejo proverbio oriental ni estamos cambiando las estructuras para que todo el mundo pueda pescar, ni hemos empezado a hacer que aprendan a pescar. Estamos en la fase de dar peces. Eso que los expertos en trabajo social "la atención primaria" que siempre será necesaria, porque siempre tendremos personas con sus necesidades primarias por resolver, gente con hambre, gente sin vestido, gente sin vivienda, gente sin billete para viajar.

La fase de la comparación se resuelve en una segunda fase de descubriendo crítico de que la pobreza es un producto social y no una realidad natural efecto de un destino fatal al que está condenada nuestra humanidad de una forma endémica y cronificada

Se va observando poco a poco que la pobreza es un problema estructural. Es decir, que la pobreza en el mundo actual no es un simple asunto de mala suerte, de desaprovechamiento de ocasiones, inevitable y debida a la pereza, o a la ignorancia o simplemente a la falta de desarrollo.

Durante esta segunda fase, o nuestra acción cambia algo o no iremos más lejos que antes. Es la reacción de Dios que ante la opresión de su pueblo en Egipto decide iniciar un proceso de liberación para abandonar la servidumbre de la esclavitud y para entrar en una tierra de promisión capaz de ofrecer paz y justicia a los empobrecido israelitas: *He bajado a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra* (Exd 3,8a)

En efecto desde que comprendemos que el problema de la pobreza en el mundo es un problema de estructuras, y de estructuras sociales injustas y violentas, nos sentimos movidos a cambiar la sociedad.

Con ello entramos dentro de la llamada caridad social o política por la que los laicos cristianos entran a implicarse y comprometerse en los espacios de la vida pública para crear unas condiciones de bienestar social que sean favorables para todos los seres humanos, sobre todo, para los más necesitados: *para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel* (Exd 3, 8b)

A lo largo de la historia los sistemas económicos y políticos han tratado de ofrecer diversas formas de "tierra de promisión". El sistema de economía de mercado libre ha ofrecido a la sociedad de consumo de masas como espacio de justicia y libertad. La economía de planificación centralizada un "estado del bienestar" que también ha querido ser la expresión máxima de la libertad y de la justicia. Pero el referente del "Reinado de Dios" siempre acepta sus aportaciones pero se reserva para otro orden de cosas de gratitud la plenitud de la paz, de la justicia y de la libertad

En esta fase la conciencia moral cristiana debe dejar de mirarse a sí misma de una forma narcisista y desde la evidencia de que hay un entorno en el que ella crece, comprobar que de lo que se trata en este terreno de la solidaridad, es aceptar al otro y a tal otro como empobrecido con el fin de que lo que emerja sea su protagonismo: *Dichosos los pobres porque el reinado les pertenece* (Lc 6,20)

En esta etapa se está, cuando se descubre que los pobres deben salvarse ellos mismos, que llegarán a hacerlo y que verdaderamente no tienen necesidad de vivir de la dependencia del otro, sobre todo cuando esa relación interpersonal se vive desde la desigualdad y la asimetría social. Aquí la conciencia se hace humilde y discreta y se restablece la igualdad y la dignidad

Espiritualmente, es la etapa en la que uno se va a poner con humildad al servicio de los pobres. Antes de llegar a esta etapa, tendemos a creer que podemos o debemos resolver sus problemas. Nosotros, los europeos, miembros de organizaciones de asistencia, burgueses concienciados o "progres" cultivados, quizá la Iglesia del Norte, los dirigentes de los Estados, las mismas Empresas con "responsabilidad social corporativa", las Ongs, debemos resolver estos problemas de los pobres. Pensamos con un realismo pragmático que sin nosotros los del "Norte", no tienen nada que hacer los del "Sur".

Pues bien, en esta tercera etapa se verifica un cierto trauma, cuando, quizá gradualmente, nos vamos dando cuenta que los pobres saben mejor que nosotros qué hacer y cómo hacerlo. Que nos somos tan imprescindibles y necesarios como creemos.

La tentación en este tercer estadio es el romanticismo. Hacer romanticismo acerca de los pobres, de los oprimidos, del Tercer Mundo. En cuanto hayamos hecho este descubrimiento, tendemos a poner a los pobres sobre el pedestal. Como su tenía una fe "a carta cabal" en que el sujeto definitivo de emancipación de la historia era la clase obrera y hemos verificado empíricamente la "caída el muro del Berlín" y la implosión del estatismo paradigmático soviético

Liberados de la tentación romántica hay que aprender con humildad que ellos son capaces, que pueden aportar lo esencial para su propio proceso de liberación integral y les hemos de dejar que ellos elaboren sus propias estrategia, disponiéndonos a colaborar en la dirección de los procesos transformadores que ellos quieran implementar.

Así llegamos al cuarto y último estadio del proceso de educación moral de la conciencia. El comienzo real de este estadio de nuestro desarrollo social y espiritual es la desilusión y la decepción que experimentamos cuando descubrimos que los pobres no son lo que románticamente pensábamos.

No se trata de que con esto que no tengamos mucho que aprender de los pobres. Hay que mantener el protagonismo de los pobres. Pero son seres humanos. Se equivocan, son a veces egoístas, a veces les falta entrega y dedicación, a veces despilfarran el dinero, son alguna vez irresponsables. A veces están influenciados por las clase media y tienen las aspiraciones de ésta. Parece que cuanto más pobre se es, más se tiene el "coco comido" por la sociedad de consumo.

No obstante, podemos y debemos aprender de ellos...Es cuestión simplemente de pasar del romanticismo sobre los pobres a un realismo honrado y genuino, pues éste es el único camino que debemos seguir en este cuarto estadio. Es el estadio de solidaridad real. Hay que partir de que en la lucha contra la pobreza no sobre nadie, que todos estamos convocados, siempre que lo hagamos con la humildad suficiente para no caer en el falsos mesianismos de nadie.

Desde esta humildad y esperanza, los cristianos no podemos "mesianizar" a nadie, ni siquiera a los pobres. Es el mismo Jesús y su Iglesia quienes nos recuerdan que el pecado y sus consecuencias siempre están ahí y que la tierra de promisión definitiva se nos dará como don gratuito del Padre. La dura realidad cotidiana nos devuelve a la realidad de que ni la economía, ni la política, ni la cultura han logrado robarle el fuego a los dioses. Pero esto mismo es lo que hace que la lucha contra la pobreza es la hipoteca de todo y cualquier futuro esperanzador.

El mismo Jesús que proclamó que los pobres estaban de enhorabuena porque el reinado de Dios era suyo, también dijo con este realismo de referencia: *A los pobres los tenéis siempre entre vosotros, a mí no me tenéis* (Jn 12,8). Esta cura de la tentación 'conquistadora' no se resuelve cruzándose de brazos, sino abriéndonos a la posibilidad de que, a lo mejor, el bienestar compartido en plenitud también deber sernos "dado".

Este proceso de maduración no debe ser entendido de una forma lineal sino circular con progresos, regresos y fases de estancamiento en la que todo se retroalimenta hasta conseguir una cierta estabilidad personal y social. Para afrontar la dureza del camino el cristiano tiene que saber que de una forma discreta la gracia de Dios va conduciendo estos procesos de la libertad y de la justicia, porque se trata del mismo Reinado de Dios.

BIBLIOGRAFIA

- Montagut, Zubero, Petrus... VOLUNTARIADO: LA LÓGICA DE LA CIUDADANIA, Ed. Ariel. Barcelona. 2003 (Perfil Pags 169-170)
- Aliena, Llopis, Ariño... EL PORVENIR DEL ALTRUISMO. Ed Tirant lo Blanch. Valencia 2004 (Desafíos: págs 23-122)
- García Roca, J. SOLIDARIDAD Y VOLUNTARIADO. Ed Sal Térrea, Santander 1994
- Zubero. I, ¿A QUIÉN LE INTERESA EL VOLUNTARIADO? Ed Caritas Española. Madrid 2000

ANTONI ESTEVE I SEVA